

---

# La oferta educativa museística destinada a las personas mayores. Tendencias actuales

por María Immaculada PASTOR HOMS  
*Universitat de les Illes Balears*

## 1. Introducción

Uno de los fenómenos demográficos característicos de las sociedades occidentales es el progresivo envejecimiento de la población y el aumento de la esperanza y calidad de vida. Hoy en día, dentro del contexto de la Unión Europea hay 73 millones de personas que tienen más de 55 años, es decir, una quinta parte de la población (E. Midwinter, 1995b, 39), siendo los países más afectados por ese proceso de envejecimiento Dinamarca, el Reino Unido, Alemania y Bélgica (P. A. Salvà Tomàs, 2001, 160), donde el contingente de personas mayores puede duplicar al de los jóvenes de menos de 15 años en el año 2010. Con respecto a España, el proceso de envejecimiento de la población (P. A. Salvà, 2001, 161-164), aún siendo importante, no alcanza las cotas de los países europeos antes mencionados, aunque se espera que, con las pautas actuales de natalidad/ mortalidad, a partir del año 2010 empezará a notarse de forma sustancial el *baby boom* de españoles nacidos entre 1960 y 1975 y, por

tanto, sería hacia el 2020 cuando se produciría el mayor porcentaje de personas mayores.

## 2. El museo, contexto e instrumento para la educación gerontológica

Ante este fenómeno demográfico de enorme trascendencia no es extraño, como afirman A. J. Colom y C. Orte (2001, 23), que nuestra época haya creado y desarrollado el concepto de tercera edad y otros conceptos de similar significado, en tanto que colectivo social que tiene unas características propias, que abarca un determinado espacio temporal y mantiene unas características que le dan una identidad. Nos encontramos, así, como afirman Hooyman y Kiyak (1993) citados en C. Maiztegui (2001, 41), ante un nuevo grupo social y cultural de límites imprecisos y cambiantes que, aún integrado dentro del grupo genérico de las «personas adultas», asume unos roles y experimenta unas exigencias y necesidades diferentes y específicas. En cualquier caso, parece que se hace necesaria una

intervención socioeducativa orientada especialmente a ese amplio grupo —al que, a partir de ahora, nos referiremos genéricamente como «grupo de personas mayores» o «grupo de mayores»—, con el fin de atender a sus necesidades específicas, es decir, se hace necesario definir un concepto de Gerontología educativa como una educación que, partiendo del conocimiento de la problemática del colectivo de mayores, contribuya a promover sus potencialidades, mejorar su calidad de vida y aumentar sus niveles de autoestima e integración y participación comunitaria en una sociedad que, a menudo y paradójicamente, tiene una concepción negativa de la vejez. A su vez, dicha educación deberá incidir en el resto de colectivos sociales para cambiar esa imagen negativa. Esta concepción de la Gerontología educativa, que básicamente corresponde a uno de los modelos de educación para personas mayores ya formulados por H. R. Moody (1976), enlaza con la idea clásica, pero siempre nueva, de la educación «para toda la vida», de naturaleza permanente y continua, sin barreras temporales, ni siquiera espaciales, como acertadamente observan Colom y Orte (2001, 24).

Hasta aquí nos hemos referido al concepto de Gerontología definido desde el prisma de la Educación. Haremos lo mismo, a continuación, con el concepto de Museo. Un momento clave en su proceso de cambio conceptual se produce cuando el (ICOM) en 1971 define el museo como «una institución permanente, no lucrativa, al servicio de la comunidad y su desarrollo, abierta al público, que adquiere, conserva, investiga, comunica y expone

evidencias del patrimonio material de los pueblos y su medio, con la finalidad de promover el estudio, la educación y la diversión».

Desde entonces, la institución museística ha sufrido una evolución radical, encontrando justamente en su permanente función social, comunicadora, educadora y de disfrute, su auténtica razón de ser en nuestros días. Es obvio que una institución de tales características, al servicio de la comunidad y de su desarrollo y abierta a todos los grupos sociales, sin distinciones de edad, sexo, cultura, formación, etc., no puede ni debe olvidar a las personas mayores. Así pues, el Museo se convierte, en nuestro artículo, en contexto e instrumento para una educación gerontológica que trasciende los límites de un determinado grupo socio-cultural —el de los mayores— para incidir en todo el entramado social y cultural que constituye una comunidad humana en su conjunto.

### **3. Las personas mayores, un grupo en busca de identidad propia en la sociedad actual. Estereotipos culturales, ocio y educación**

A pesar de que, como veíamos, el grupo de las personas mayores ha adquirido en las últimas décadas una presencia muy importante y ha tenido unas implicaciones sociales extraordinariamente relevantes y significativas, todavía esa etapa de la vida se caracteriza por ciertos estereotipos culturales de signo negativo, como acertadamente pusiera de relieve el profesor Aranguren (1991), entre otros. Sin embargo, dichos estereoti-

pos negativos no son compartidos ni percibidos como propios por el grupo de personas mayores, es decir, que al analizar las características culturales de dicho grupo se puede observar que sus integrantes rechazan su propia identificación y la de sus compañeros con los estereotipos que la sociedad les atribuye (P. Rodríguez Diéguez, 2000; J. Ginn y S. Arber, 1993). Así pues, el rechazo a esa imagen que la sociedad tiene de las personas mayores y la carencia de unas pautas de conducta establecidas, así como de unos modelos válidos (E. Muchinick, 1984) les conduce a la búsqueda de una identidad propia que les haga diferentes, pero no inferiores, a las generaciones anteriores y posteriores en relación a las cuales se definen. En ese proceso de construcción de una identidad propia y de asunción de nuevos roles, que afectan tanto a su vida personal como social, coincidimos plenamente con Concepción Maiztegui (2001, 42) en la defensa del papel extraordinariamente relevante que puede y debe jugar la educación, puesto que, citando palabras de M. García (1994, 43-44), las personas mayores «demandan oportunidades, bienes y servicios, no sólo de índole económico-social, sino también de carácter cultural y educativo». Por tanto, la educación y, más concretamente, la educación para la utilización creativa y enriquecedora a todos los niveles del tiempo de ocio de los mayores (como diría Eric Midwinter (1995b, 39), «tercera edad equivale a ocio»), debe ser una prioridad fundamental en nuestra sociedad. Sin embargo, al hablar de las personas mayores, no lo haremos solamente en términos de necesidades que tiene dicho colectivo y que la sociedad, a través de sus

instituciones, tiene la obligación de atender, sino también de las aportaciones y contribuciones, especialmente de índole cultural y educativa, que puede hacer el mismo a la sociedad y a sus diversos sectores y grupos de población.

No obstante, antes de pasar a tratar este tema que abordaremos en la parte final de nuestro artículo, repasaremos brevemente algunos de los rasgos culturales (estilos de vida, formas de utilizar el tiempo de ocio, etc.) del colectivo de personas mayores a partir de los estudios de carácter sociológico y antropológico realizados en los últimos años. En este aspecto nos basaremos fundamentalmente en algunos interesantes y rigurosos trabajos llevados a cabo por instituciones británicas de conocido prestigio, como *Help The Aged* y *Age Concern*, así como en trabajos publicados por diversos especialistas en el tema.

- Con respecto al estilo o forma de vida, un estudio llevado a cabo por *Help The Aged* (1992, 10-11) puso de manifiesto que un 96% de las personas de 65 años, o más, viven en sus casas y, dependiendo de su situación económica, llevan vidas independientes. De ese 96% que vive en su hogar, un 36% vive solo, siendo mujeres más de la mitad. Del resto, un 45% vive con su pareja, un 11% vive con familiares y un 1% vive con personas que no son de su familia. El hecho de continuar viviendo en su residencia habitual, si ésta es segura y está bien acondicionada, puede ayudar a mantener la movilidad y la independencia. Sólo un 4% de la población

británica de 65 o más años vive en residencias públicas o privadas, aunque hay una tendencia a aumentar dicho porcentaje, en especial dentro del sector privado. Aún así, estos datos demuestran el «deseo» de las personas mayores de permanecer residiendo en sus casas para mantener su independencia.

- Otro elemento importante es el nivel de vida, que depende directamente de los ingresos o situación económica de los mayores.
- Un tercer aspecto a tener en cuenta es el estado físico. A pesar de que siempre la vejez se ha asociado a la enfermedad, lo cierto es que la salud de la gente mayor ha mejorado al tiempo que ha aumentado su longevidad. No obstante, las personas mayores experimentan limitaciones físicas relacionadas específicamente con el proceso de envejecimiento y que van aumentando con los años. Sin embargo, no puede asociarse la idea de vejez y discapacidad tan a la ligera como se hacía antaño, pues la mayor parte de las personas mayores viven vidas saludables y activas, aún con ciertos impedimentos u obstáculos.
- Finalmente, analizaremos los hábitos en cuanto a la utilización del tiempo de ocio, aspecto al que dedicaremos mayor atención, pues en él se centran los siguientes apartados de este trabajo. Como ya dijimos en páginas anteriores, de nuevo citando a E. Midwinter (1992, vii), «el ocio, técni-

camente, define la tercera edad» puesto que la llegada de la jubilación o semi-jubilación, o cuando las responsabilidades con respecto a los hijos disminuyen, el tiempo «no ocupado» por obligaciones laborales o familiares crece considerablemente, prácticamente el 100% entre los hombres y algo más entre las mujeres (J. Long y E. Wimbush, 1985, 140). Sin embargo, a pesar de este incremento de tiempo disponible, los estudios realizados revelan que la participación de los mayores en actividades de ocio no aumenta cuantitativamente o, incluso, tiende a decrecer.

Así pues, será fundamental, por una parte, la detección de las barreras o impedimentos que condicionan la participación en las actividades de ocio para comprender el comportamiento de este sector de la población con respecto a la utilización de su tiempo libre, cuya posesión o disfrute puede considerarse como el elemento común más relevante dentro del grupo de los mayores, el cual no es, precisamente, un grupo homogéneo, sino que presenta diferencias notables en su seno como ya hemos apuntado.

Por otra parte, además, será conveniente analizar, aunque sea brevemente, las actitudes imperantes en nuestra sociedad con respecto al hecho de disponer de tiempo libre y que, evidentemente, influyen en los mayores. En este sentido, es importante resaltar que, a menudo, se asocian inconscientemente los conceptos de ocio, paro y vagancia, creando una serie de connotaciones negativas y provocando reacciones entre las personas

mayores que les llevan a no considerar ese aumento de tiempo libre disponible como un hecho positivo en sus vidas y, por tanto, a no valorarlo como es debido ni preocuparse por la forma en que van a utilizarlo. Asimismo, es interesante destacar que algunos entretenimientos caseros frecuentes en nuestros días entre la población adulta activa profesionalmente, como medio de relajación (ver la televisión, leer, hacer punto, etc.), son considerados como actividades de ocio y esas actividades son, normalmente, las que se siguen practicando mayoritariamente tras la jubilación, mientras que otras actividades de ocio diferentes, de tipo más activo, participativo, que impliquen salir de casa, comunicarse con otras personas, etc., no se incrementan con el aumento del tiempo libre. Ante esta situación, la primera pregunta que nos planteamos es:

### 3.1. ¿Qué explicación podemos dar a este estado de cosas?

Sobre esta cuestión son interesantes los trabajos de R. Pinker (1971), basados, a su vez, en las ideas expuestas por R. Titmuss (1969, 1970) en los cuales analiza las causas de este fenómeno insistiendo en la existencia de una relación de subordinación de las personas mayores con respecto a los demás grupos sociales y, consecuentemente, una situación de marginación social. Sin embargo, diversos estudios sociológicos y antropológicos posteriores nos demuestran que hay un incremento del deseo de mayor independencia dentro del colectivo de mayores, aunque se dan diversas significaciones y utilizaciones del término indepen-

dencia. Por ejemplo, A. Hunt (1978) le da un significado claramente económico. Otros autores inciden, en cambio, en el sentimiento de tener algo que hacer, de tener algún tipo de rol social asignado, como elemento crucial para el sentido de independencia, además de para la buena salud psíquica (ACE, 1974).

Otra de las posibles respuestas a la pregunta que nos planteábamos, podría ser la que nos sugiere Liz Nelson, citada por Midwinter (1992, 9), quien relaciona el hecho de la jubilación con la falta de objetivos, el sentimiento de que la vida ofrece pocas cosas por las cuales esforzarse y el poco interés en fijarse metas o propósitos. Estos rasgos que, según la mencionada autora, van en aumento, son característicos de las personas mayores. Esta explicación parece bastante razonable, ya que no es extraño que algunas personas puedan realmente tener el sentimiento, al finalizar su actividad profesional, de que ya no tienen nada que decir ni que hacer en la sociedad.

Sin embargo, este punto de vista está cambiando desde el momento en que, como afirma S. E. Powell (1993, 13), el aumento cuantitativo tan espectacular experimentado por el colectivo de personas mayores en la sociedad actual provocará (de hecho, ya está provocando) un cambio importante en la manera de pensar y en las actitudes sociales respecto al mismo. Igualmente, los sentimientos de conflicto y las tensiones intergeneracionales e interculturales que este hecho lógicamente generará pueden tener un efecto constructivo más que negativo. Esa perspectiva del tema más optimista ha

sido también compartida por otros autores (T. Cheney y B. Kingsley, 1980; B. Cheney, 1980) quienes han defendido que el envejecimiento creciente de la población, unido al hecho de poseer un relativo mayor nivel de formación, iban a suponer un cambio en los hábitos de ocio de la población.

Desgraciadamente, sin embargo, esas previsiones no se han cumplido, como nos revelan los estudios acerca de los hábitos de uso del tiempo libre por parte de los mayores, llevados a cabo a partir de la década de los noventa y de los que hemos dado cuenta en párrafos anteriores. Por otra parte, en el caso de las personas mayores, hay otro fenómeno que debemos tener en cuenta: Se trata de la idea generalizada que se tiene en nuestra sociedad occidental, aunque afortunadamente va disminuyendo, acerca del modelo de conducta apropiado a la edad. Así pues, vivimos en una cultura en la que se mentaliza a las personas mayores de que son demasiado viejas para trabajar, demasiado viejas para correr riesgos, demasiado viejas para enamorarse o, centrándonos en el tema que nos ocupa, demasiado viejas para realizar actividades educativas en su tiempo de ocio. Queda, pues, mucho trabajo por hacer para atraer a la gente mayor a las instituciones que realizan actividades en ese campo y el reto de éstas consiste, precisamente, en convencerles de que lo que ofrecen a nivel educativo también es para ellos, también les concierne.

Finalmente, en esa tarea de detección de barreras u obstáculos que explican la falta de participación de los mayores a

las actividades de ocio y que impiden el establecimiento de una comunicación fluida y enriquecedora entre las instituciones y dicho colectivo, podríamos citar, además de las ya mencionadas, otras muchas, tales como las barreras de transporte, las barreras a la movilidad, las barreras a la visión o audición correctas, las barreras del cansancio físico, etc., pero, tal vez, la barrera más difícil de saltar sea la idea arraigada en muchas entidades de que su acción educativa debe dirigirse principalmente a los niños y jóvenes puesto que ellos necesitan una mayor preparación para la vida y, por tanto requieren de mayores esfuerzos y ofertas educativas. Ello forma parte, sin embargo, como bien dice Midwinter, de la propaganda anti-edad o, si preferimos, anti-envejecimiento, que consiste en la expansión de la idea de que la última parte de la vida debe ser menos valorada [1]. De hecho, en la cultura europea se da tanta importancia al trabajo y al cuidado de los hijos, que cuando esa etapa ha pasado, muchas personas mayores se autoevalúan en función de su capacidad para realizar dichas actividades y encuentran dificultades para desarrollar nuevos esquemas de pensamiento, así el grado de autoestima de muchos mayores disminuye. Ello podría ser perfectamente contrarrestado mediante una implicación satisfactoria en las instituciones culturales y cívicas de su propia localidad o localidades vecinas, a través de una adecuada oferta educativa que motive a una participación en las actividades artísticas o creativas que tales centros puedan promover; así como otro tipo de actividades (deportivas, etc.) que la comunidad a la que pertenecen puedan

proporcionarles. Tales actividades, además de su carácter lúdico o recreativo, tienen una importante función preventiva, en cuanto que fomentan la agilidad física y mental, la comunicación con otras personas, la vida activa, etc. Así pues, la siguiente pregunta que podemos plantearnos es:

### 3.2. ¿Qué podemos hacer desde la educación ante este estado de cosas?

Aunque en los párrafos precedentes, ya hemos ido apuntando toda una serie de acciones a llevar a cabo para contrarrestar las barreras, obstáculos o prejuicios en torno a las personas mayores que íbamos desvelando, trataremos de dar respuesta a la pregunta planteada sintetizando brevemente toda una serie de acciones educativas que, a nuestro juicio, incidirían positivamente en una mayor integración y participación social de las personas mayores:

- 1) En primer lugar, prever una preparación más positiva ante el tema de la jubilación, intentando inculcar unas actitudes y hábitos que enseñen a incorporar un nuevo estilo de vida antes de que se produzca el retiro de la vida profesional.
- 2) Otra de ellas sería el ofrecer a los mayores la oportunidad de compartir o enseñar a otras personas, de su misma edad o de otras edades, las habilidades profesionales o de otro tipo (artísticas, artesanales...) que han ido acumulando a lo largo de su vida y que en muchos casos están en peligro

de perderse para siempre (S. Jones, 1976).

- 3) La tercera acción consistiría en diseñar y fomentar la participación en actividades de ocio, que pueden ser muy diversas (deportivas, culturales, artísticas, sociales...), en las que se potencie la interrelación personal con personas de su misma edad y/o de otras generaciones, el aprendizaje de nuevos saberes, la potenciación de las propias habilidades, etc. Entre estas actividades de ocio, debemos incluir la oferta educativa museística dirigida a los mayores, de la que hablaremos en el próximo apartado.

En este punto, creemos acertada e innovadora la tesis defendida por Midwinter (1982; 1992; 1995a; 1995b) en el sentido de que «el ocio puede y debe tener para las personas mayores la misma importancia y significación social y cultural en su actual etapa vital que la que el rol laboral ha desempeñado a lo largo de su vida profesional anterior». Dicha posición, es coherente, además, con las definiciones más actuales acerca del ocio, de entre las cuales, hemos seleccionado la siguiente, extraída del documento *Local Authorities Leisure Code* (citado en *Age Concern et al.*, 1992, 2): «El ocio es en la actualidad una dimensión de la vida legítima y significativa, tanto cuantitativamente como cualitativamente». No obstante, para que la tesis de Midwinter pueda convertirse en realidad, se requiere un cambio en las actitudes negativas respecto al ocio que aún perduran en nuestra cultura, como ya hemos mencionado anteriormente. Para

lograr dicho cambio actitudinal (difícil, pues se debe romper con toda una serie de estereotipos e ideas prefijadas a lo largo de mucho tiempo) se necesita una acción educativa que tenga una doble finalidad:

- 1) Por una parte, conseguir que las personas mayores, especialmente, y el resto de la sociedad, en general, consideren la posibilidad de poder dedicar buena parte de su tiempo libre a realizar actividades de ocio como un aspecto esencial y valioso en sus vidas, tan importante, al menos, como desempeñar una actividad laboral.
- 2) Por otra, la planificación e implementación de más y mejores ofertas educativas de ocio que, incluso siendo compartidas con otros grupos de la población, tengan en cuenta las limitaciones más frecuentes y condicionamientos específicos del colectivo de mayores, a fin de que éstos no se sientan coartados ni marginados ante las dificultades y barreras que puedan surgir para su integración y participación plena en las mismas.

Respecto a ese último punto, y a modo de síntesis de lo expuesto hasta ahora, citaremos a diversos autores (B. Tyrell, 1984; N. Merriman, 1989, 1991; V. T. C. Middleton, 1990; E. Midwinter, 1992) que han tratado de clasificar las dificultades o barreras más frecuentes con las que se encuentran los mayores, coincidiendo todos ellos en distinguir entre barreras físicas y barreras culturales o psicológicas. De entre las primeras, las más relevan-

tes son la falta de dinero para acceder a algunas de las ofertas de ocio, así como los problemas de transporte, ya que muchas personas mayores no conducen y les resulta a menudo difícil utilizar los transportes públicos. Aunque esos problemas son importantes, tienen soluciones mucho más fáciles que las requeridas para romper las barreras culturales. La valoración negativa del ocio frente al trabajo, los prejuicios sociales en torno a los patrones de conducta propios de los mayores, la desconfianza de éstos hacia lo desconocido, la necesidad de seguridad, el miedo a ocasionar problemas a los demás debido a las propias limitaciones físicas, el temor a hacer el ridículo por la falta de conocimientos, etc., son esquemas de pensamiento muy frecuentes entre los mayores y constituyen probablemente los factores más importantes que explican su retraimiento a la hora de participar en actividades de ocio más ricas desde el punto de vista educativo y, sobretudo, si esas actividades se llevan a cabo en un espacio desconocido, poco habitual y, a veces, intimidador, como es el espacio museístico.

#### **4. La oferta educativa museística destinada a las personas mayores. Hacia el intercambio de conocimientos y experiencias**

Como ya dijimos anteriormente, pensamos que el colectivo de personas mayores no puede ser considerado de ninguna manera como un grupo «consumidor» de servicios sociales, sino que su participación en la sociedad puede y debe ser promovida de diversas formas y que el intercambio entre los grupos sociales



y culturales debe ser intensificado y más igualitario, evitándose esta imagen de dependencia que envuelve al grupo de los mayores.

En esa tarea, como afirmábamos en el apartado introductorio, los museos tienen un importante papel que jugar puesto que, en palabras de Eric Midwinter (1995a, 1995b), dichas instituciones necesariamente han de aprovecharse del tiempo libre extra de los mayores en la planificación de su oferta educativa. De hecho, como mantiene dicho autor, «hemos de superar la tradicional asociación entre personas mayores y falta de dinero, enfermedad y problemas sociales», ya que «la tercera edad equivale a ocio» (E. Midwinter, 1995b, 39). A lo afirmado por Midwinter, añadiríamos que también las personas mayores deben poder aprovecharse con facilidad y eficacia de los recursos que los museos tienen la posibilidad y la exigencia social de poner a su alcance, para lograr un ocio más diversificado y cultural e intelectualmente más atractivo.

Pero el colectivo de mayores no sólo puede ser considerado como usuario del museo y destinatario de su actividad educativa mediante programas adecuados a sus necesidades, sino que también puede y debe ser considerado como «recurso» del museo para desarrollar programas que sirvan para la formación de otros sectores de la población, especialmente de niños y jóvenes. Por tanto, de acuerdo con el título que encabeza este apartado debemos preguntarnos: ¿Qué puede ofrecer el museo a los mayores? y también, ¿qué pueden los mayores ofrecer al museo?

#### 4.1. Qué puede ofrecer el museo a los mayores

Increíblemente, todavía quedan algunos responsables de políticas museísticas que no se han dado cuenta del gran cambio social que ha tenido lugar en las últimas décadas a consecuencia de que cada vez más personas finalizan las consideradas tareas tradicionales de los adultos, en cuanto a obligaciones laborales y a la tutela paternal, a una edad más temprana que antes. Una autora que ya afronta con valentía este cambio demográfico en los años ochenta es, sin duda, Barbara Tyler (1985-86), quien se cuestiona el futuro de los programas educativos en los museos precisamente en función de este hecho de importante trascendencia. Como bien afirma en su estudio, en las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta los museos se dieron cuenta de su importancia como espacio alternativo de aprendizaje y se dirigieron a los profesores y escolares para ofrecerles nuevas experiencias educativas tanto en el campo de la ciencia, de la tecnología o de la condición humana, referida al pasado, al presente o incluso al futuro. Su objetivo era colaborar en la mejora de la calidad educativa de los sistemas formales de enseñanza, ofreciendo oportunidades para la exploración, el acceso y la desinhibición de los estudiantes ante los objetos museísticos. La gran mayoría de museos en esos años diseñaban programas educativos para incrementar la eficacia de los *currícula* de la escuela elemental y, en menor medida, para los estudiantes mayores y las familias. Y eso, probablemente, era lo que debía hacerse, puesto que se estaban notando las consecuencias del *baby boom*

de después de la segunda guerra mundial, con clases abarrotadas, niños y niñas más inquisitivos y curiosos y padres y madres necesitados de actividades de ocio para compartir con sus hijos los fines de semana. Fue, como dice Tyler del *Glenbow Museum* de Calgary (Canadá), la «era dorada de los museos», en la que tomaron conciencia de su importancia como centros educativos no formales en una sociedad que estaba cambiando rápidamente, pero ese tiempo ya pasó, forzando a los museos a cuestionarse su posición en el tema de la educación de su público. Este público tendrá unos perfiles significativamente diferentes del de las llamadas «décadas de oro» y está demandado cambios en las actividades museísticas y especialmente en los programas educativos.

De los diversos factores que marcan o condicionan el desarrollo de la sociedad y, en consecuencia, la evolución de las necesidades formativas de los individuos que vivimos en ella (M. I. Pastor, 1999, 183-215), del mismo modo que también condicionan la evolución de la función educativa de los museos, uno de los más importantes es, sin duda, el envejecimiento de la población. Sin embargo, dicho factor, que hubiera debido lógicamente provocar un aumento de las actividades de ocio dirigidas a las personas mayores por parte de múltiples entidades, entre ellas, los museos y demás centros culturales, así como un cambio sustancial en su orientación y prioridades, parece ser que no ha sido tenido en cuenta, pues, como hemos visto, la gente mayor no se ha visto motivada o incitada a utilizar más y mejor su tiempo libre. Esto, apli-

cado al campo de la cultura, queda aún más patente. Por ejemplo, en uno de los trabajos de Midwinter (1995a) se mencionan los resultados de las entrevistas realizadas a mujeres de más de 60 años, de las cuales, en las cuatro semanas anteriores a ser entrevistadas, sólo un 7% había visitado un monumento o edificio histórico, un 4% había ido al teatro, a la ópera o al ballet y únicamente un 2% había visitado un museo.

Podríamos relacionar lo dicho anteriormente con las conclusiones de la «Mesa de Tercera Edad» que Carmen Gómez Diese y demás miembros del Departamento de Educación y Acción Cultural del Museo de Arqueología y Bellas Artes de Zaragoza nos ofrecían en su ponencia de las VI Jornadas Nacionales de DEAC-Museos (1988), en las que, entre otras características, describían al grupo de la tercera edad como un sector de la audiencia desmotivada, adaptada a unas rutinas muy arraigadas, desconectada de la realidad, con grandes carencias afectivas, cuyos intereses estaban muy ligados a su problemática cotidiana (salud, soledad...), partidaria de actividades más bien de carácter manual (cerámica, macramé...) o de actividades físicas (gimnasia). Incluso entre capas de población de personas mayores con un nivel socioeconómico y cultural más elevado, a las que podría interesar una actividad relacionada con la Historia o el Arte, por ejemplo, se notaba una absoluta reticencia a la hora de programar una visita a un museo.

Acaso no pecaríamos de excesivamente pesimistas si pensáramos que si hoy

en día planteáramos parecidas «Mesas» de debate entre los distintos grupos de población de tercera edad de nuestros pueblos y ciudades, probablemente surgirían unas conclusiones muy parecidas, en términos generales, aunque, como es natural, ha habido avances en algunos sectores concretos, como tendremos ocasión de conocer y analizar. Aunque las citadas autoras no profundizan en las razones que justifican dichas reticencias, se apuntan algunas, ya citadas, como el problema del transporte, la dificultad de los accesos pero, sobretudo, el desconocimiento de lo que el museo representa y puede aportar en tanto que oferta de ocio cultural para unas personas de unas características determinadas y que, por tanto, necesitan de unas instalaciones, servicios y actividades adaptadas a sus posibilidades físicas y a su nivel educativo.

Hemos de tener en cuenta que muchos de nuestros mayores han trabajado en oficios que no requerían una elevada formación o se han dedicado a las labores domésticas, lo cual no les ha propiciado el interés hacia lo que podríamos llamar el «mundo de la cultura» en general, incluyendo en él el hábito de las visitas regulares a los museos y exposiciones. De hecho, el porcentaje de analfabetismo funcional en la mayoría de países europeos es más alto entre las personas mayores —en torno a un 30%— que entre los jóvenes. Si unimos a esto el natural rechazo hacia aquellas instituciones que les parecen intimidadoras, tenemos ante nosotros un conjunto de razones que por sí solas ya justifican la escasez de visitantes mayores. Se trata, por tanto, como

afirman Jocelyn Dodd y Richard Sandell (1998) de romper las barreras que impiden el acceso a los museos, no sólo físicas —que evidentemente existen—, sino también de romper las barreras mentales que comparte buena parte del sector de población al que dedicamos este estudio.

Hemos de decir, no obstante, que estas barreras mentales o culturales no son exclusivas de las personas mayores, sino que hay también otros sectores de la población (por ejemplo, personas con un bajo nivel sociocultural, minorías étnicas no integradas en el país de acogida, personas con mentalidades cargadas de prejuicios acerca de lo que es y representa un museo, etc.) que las comparten y, por tanto, se impone igualmente trabajar con ellos para establecer puentes de comunicación y diálogo para superar esa imagen negativa y tradicional de la institución museística. Pero también, como afirman algunos autores (R. Miles, 1986; S. E. Powell, 1993) existen barreras mentales dentro de las propias instituciones museísticas, pues hay aún muchos museos que no consideran necesario ofrecer una oferta educativa diferenciada a las personas mayores, sino que opinan que esa oferta debe dirigirse a la población adulta en general. En todo caso, incluyen al grupo de mayores dentro del sector de población discapacitada, al que sí ofrecen atención específica, en función de sus limitaciones físicas. Esa posición creemos que es errónea, ya que, aún tratándose de personas mayores en plenitud de sus facultades físicas y mentales, es necesario que se les ofrezca una programación educativa diferenciada, en fun-

ción no sólo de sus posibles dificultades físicas, sino también en función de sus necesidades psicológicas y sociales (necesidad de mantener una identidad propia, necesidad de sentirse útiles socialmente, necesidad de asumir nuevos roles sociales y personales y romper con los clásicos estereotipos culturales que tradicionalmente se han asociado al colectivo, necesidad de mantenerse física y mentalmente activos, necesidad de interrelacionarse con los demás, etc).

Tal vez, si se consiguen vencer esas reticencias por parte de los responsables de los museos, se dejaría de creer en el tópico de que las personas mayores son, por naturaleza, visitantes pasivos y faltos de motivación, a los que no interesan las actividades culturales (quizás esa pasividad venga provocada por itinerarios excesivamente largos y la falta de asientos para todos, por unos textos con una letra demasiado pequeña, por dificultades para escuchar convenientemente a un educador o el sonido de un vídeo o, simplemente, por un cuadro colgado demasiado alto...) y se adoptaría una posición más crítica y objetiva al respecto pues, tal vez, ese desinterés al que se hace referencia sea debido a una falta de adecuación de la oferta a la demanda, a lo que realmente espera, necesita, piensa, interesa y puede hacer el grupo de personas mayores.

Es necesario, por tanto, que las concepciones erróneas y tópicos acerca de la gente mayor anteriormente expuestos, sean, a la luz del clásico e incuestionable concepto de la educación permanente, rechazados de plano por las instituciones

museísticas, que deben tratar, dentro de sus posibilidades, de ofrecer una oferta educativa digna a todos los sectores de la población y para todas las edades y, concretamente en el caso de los mayores, deberían procurar invertir la misma imaginación, recursos y cariño con el que éstos han tratado o tratan a sus pequeños hijos o nietos.

Ya para finalizar este subapartado, trataremos de sintetizar las características que, a nuestro juicio, deberían tener los programas educativos para mayores, a partir de las experiencias llevadas a cabo por museos pioneros en este campo. En este sentido cabe destacar que, realmente, la oferta educativa para mayores comienza a desarrollarse principalmente en los Estados Unidos y Canadá a partir de la década de los setenta a raíz de la promulgación de la *Rehabilitation Act* de 1973 que favoreció la accesibilidad para los discapacitados, incluyendo a los mayores con problemas físicos (J. Strand Ed., 1992, 11-14). A mediados de los ochenta, sin embargo, es cuando se produce un aumento significativo de las actividades educativas para mayores en los museos, tras la publicación del informe *The Arts and Older Americans* (USS Congress, 1980) que recogió las conclusiones del debate desarrollado en la Cámara de Representantes sobre el tema. Ya en la década de los noventa, debemos mencionar otras dos publicaciones fundamentales para el fomento de tales actividades, la *Americans with Disabilities Act* de 1990 (citada en J. Strand Ed., 1992, 11-14) y la edición por parte de la Asociación Americana de Museos de la obra *The Accessible Museum* (J. Strand Ed., 1992)

en la que, tras un análisis del desarrollo conseguido en este campo, presenta diversos programas modélicos de trabajo con visitantes mayores y grupos de personas con distintas discapacidades. En la actualidad son muchos los museos estadounidenses y canadienses que llevan a cabo interesantes programas para personas mayores, al igual que en otros países europeos, principalmente del norte. Por razones obvias, no podemos detenernos en un análisis exhaustivo de los mismos, aunque sí citar a algunos de los que han tenido una trayectoria más larga y brillante en este campo y que de alguna manera han servido de inspiración a muchos otros, así, mencionaremos, por ejemplo, al *Brooklyn Museum* y al *Metropolitan Museum of Art* de Nueva York, al *Natural History Museum* de Los Angeles o al *Royal Ontario Museum*, de Toronto (Canadá) [2]. No obstante, trataremos, como decíamos antes, de sintetizar, a partir de esas experiencias, unas líneas de trabajo que puedan responder a la pregunta que daba título al apartado: ¿Qué puede ofrecer el museo a los mayores?

Líneas básicas de la oferta museística dirigida al colectivo de mayores:

- a) En cuanto al acceso:
  - Ofrecer gratuidad total o precios muy reducidos.
  - Ofrecer servicios de transporte adecuados (colaborar con los organismos públicos).
  - Eliminar las barreras arquitectónicas dentro del museo.
  - Ofrecer espacios de encuentro apropiados.
- b) En cuanto a la oferta educativa:
  - Realizar actividades en horarios adecuados a su tiempo libre que les enriquezcan culturalmente, bien profundizando en la propia cultura, bien conociendo aspectos de otras culturas pasadas o presentes.
  - Ayudarles a retomar antiguas aficiones o intereses, así como a explorar y descubrir otros nuevos
  - Realizar las actividades prácticas que prefieran o que resulten más terapéuticas (según los casos).
  - Darles la oportunidad de relacionarse con otras personas, disponiendo para ello de espacios de encuentro a su gusto y ofreciendo actividades en grupo.
  - Darles a conocer el entorno del museo (si éste está ubicado en una zona de interés) procurándoles el transporte necesario.
  - Llevar a cabo actividades fuera del museo para las personas institucionalizadas o con graves problemas de desplazamiento (charlas, videos, materiales de préstamo, talleres, etc.).
  - Darles la oportunidad de validar y expresar las propias experiencias vitales y relacionarlas con la historia local.
  - Darles la oportunidad de colaborar en el montaje de exposiciones temporales y/o permanentes estimulándoles a proporcionar al mu-
- Adaptar las instalaciones (adecuar los servicios, ofrecer lugares para sentarse, iluminar adecuadamente, etc.).

seo informaciones y materiales del pasado.

- Combatir los estereotipos culturales negativos sobre la vejez, promoviendo una imagen positiva de las personas mayores, especialmente las jubiladas, implicándolas en tareas de voluntariado dentro del museo, organizando cursos de preparación para la jubilación donde se informe de la oferta del museo, organizando talleres y seminarios de investigación en temas como genealogía, historia local, cultura popular, etc.
- Organizar asociaciones de personas mayores vinculadas al museo (tipo «Amigos de los museos», por ejemplo) que puedan organizar tareas de apoyo al museo, tanto educativas como de investigación, participar en actividades lúdicas (salidas, excursiones a lugares de interés, etc.) y en acontecimientos especiales (inauguraciones, fiestas, etc.).
- Promover programas intergeneracionales (para abuelos y nietos, para familias, para adultos jóvenes y mayores) basados en el intercambio de experiencias, informaciones, puntos de vista, etc.

#### 4.2. ¿Qué pueden ofrecer los mayores al museo?

En la relación de posibilidades que pueden ofrecer los museos a los mayores anteriormente expuesta, habremos observado que hemos sugerido una serie de actividades de colaboración, voluntariado o asociacionismo por parte de las perso-

nas mayores, que les permitan tomar parte en numerosas actividades llevadas a cabo en los mismos, pues consideramos que ese colectivo es, probablemente, el más idóneo para esas tareas por varias razones, entre ellas, por su capacidad de dedicación en función de su tiempo libre, por su cada vez mayor nivel de salud y capacidad física, por su experiencia y por su educación. Por otra parte, si la sociedad del futuro, como afirma Barbara Tyler (1985-86, 88), será más vieja, experimentada y exigente con sus instituciones públicas, los días en que la programación cultural se dejaba estrictamente en manos de las instituciones y de los políticos y «expertos» que las gestionan, van a desaparecer rápidamente, para dejar paso a una época en que se tenga más en cuenta a los usuarios, incluso en que esa programación cultural sea dirigida por ellos mismos. De esa forma, los museos y demás centros que tienen la custodia del patrimonio cultural de un país se convertirán realmente, no sólo en una inestimable ayuda para la educación formal, sino también en unos auténticos proveedores de educación no formal e informal para todos los públicos, absolutamente necesarios en una sociedad que quiere avanzar social, económica y culturalmente de una forma equilibrada y sostenible.

Así pues, en esta última parte de nuestro artículo, vamos a incidir en la posibilidad de contar con las personas mayores como colaboradores de excepción de los educadores del museo en tareas propiamente educativas, tal como defienden Judith Murphy y Carol Florio (1989), especialmente si van dirigidas a niños, aun-

que no exclusivamente. La labor realizada por los mayores en ese sentido en distintos museos ha sido descrita por las autoras citadas como extraordinariamente positiva y eficaz, no sólo por parte los responsables de los programas educativos en los que se ha utilizado este método y que se han desarrollado no sólo en museos, sino en bibliotecas públicas, hospitales, centros de mayores y otras entidades, sino también por los destinatarios de dichos programas (desde niños a personas adultas). Dentro de esa línea de colaboración destacaríamos, fundamentalmente, tres tipos de actividades:

1. Por una parte, la participación de los mayores en la difusión y enseñanza «en vivo y en directo» de técnicas artesanales, oficios antiguos en vías de extinción, bailes, canciones, leyendas y cuentos populares y otros muchos aspectos del patrimonio cultural de la comunidad como complemento de una exposición o programa organizado por el museo. Este tipo de actividades prácticas a cargo de personas mayores han tenido especial arraigo en algunos países, como Canadá, por ejemplo, (M. Gee, 1982, 31-36) en los que el museo está muy vinculado a la comunidad y en constante interacción con ella. De hecho, como afirma A.F. Chadwick (1980, 102-103), la implicación de los miembros de la comunidad, en nuestro caso de los mayores, en las actividades educativas del museo contribuye decisivamente a potenciar la conciencia cívica, a desarrollar el sentido de pertenencia a la comunidad, a favorecer la interacción cultural entre los dis-

tintos grupos (de edad, del mundo urbano y el rural, de distintos estratos socioeconómicos, etc.) que constituyen el conjunto de la sociedad.

2. En segundo lugar, es interesante promover el papel educador de los abuelos y abuelas en el seno de las familias a través de programas específicos. En este terreno no hay una línea única de trabajo, de hecho el *Elberwood Centre* para el estudio del papel educativo de la familia de la Universidad de Columbia (D. Anderson, 1993) señala tres tendencias en relación a la labor llevada a cabo en este campo por los museos. Entre ellas, está la de los museos que ofrecen programas específicos para familias que siguen la metodología de incitar a los nietos e hijos a hacer preguntas a los abuelos en el transcurso de la visita. Dentro de este grupo S. E. Powell (1993, 64) incluye a instituciones tales como el *Imperial War Museum*, *National Army Museum*, *Black Country Museum* o el *Museum of Moving Image*. El siguiente grupo detectado no realiza programas educativos específicos, pero sí ofrece incentivos económicos para los abuelos que van al museo con sus nietos. Finalmente, están los museos que presentan una oferta más estructurada ofreciendo talleres, no sólo a las familias, sino también a las escuelas como, por ejemplo, el titulado «Vivir en los cuarenta» del *Merseyside Maritime Museum* (C. Hill, 1992) en el que participan mayores de entre 60 y más de 90 años que comparten sus recuerdos con los niños a la vez que observan

las exposiciones, o el programa «Historias de la gente» de los museos de la ciudad de Edimburgo (S. Marwick, 1993) que organiza talleres o seminarios para niños y jóvenes sobre temas como la evolución de las modas, de la manera de divertirse, de vivir las fiestas tradicionales, etc, con las intervenciones de numerosas personas mayores que aportan sus recuerdos, objetos, fotografías, etc., en un fructífero intercambio intergeneracional e intercultural.

3. En último lugar, aunque hoy en día constituye probablemente la línea de trabajo más innovadora, debemos hablar de los museos que realizan proyectos educativos basados en la «reminiscencia» o el recuerdo [3]. Influenciados, sin duda, por las nuevas tendencias en cuanto a métodos y fuentes de investigación histórica y antropológica (fuentes orales, historias de vida, etc.), dichos museos utilizan los objetos que poseen para animar a la gente a compartir y discutir sus recuerdos, lo cual constituye una valiosa manera de implicar a la comunidad en la actividad museística, a la vez que un interesante ejercicio de introspección personal que, a la vez, enriquece a toda la comunidad. Aunque aún son pocos los trabajos publicados acerca de la labor de esos museos empeñados en la tarea de recobrar, utilizando el título de un artículo de Mastoris y Show (1995b), la «memoria perdida», sabemos que esta forma de enfocar el trabajo educativo museístico está cobrando gran fuerza (Véanse, además de los ya ci-

tados, los trabajos de S. Clark y S. Marwick, 1992; J. Reynolds, 1997; H. Clarke, 1987-88; L. Shaw, 1994; P. Rogers, 1995; C. Osborn, 1993; P. Schweitzer, 1993; S. Kirrane y F. Hayes, 1993, entre otros). Las experiencias o proyectos de reminiscencia están abiertos a personas de todas las edades y consisten generalmente en la organización de grupos de discusión centrados en temas de interés común o en torno a temas cotidianos («juegos de la infancia», «una noche fuera de casa», etc.). Las personas mayores son normalmente los participantes principales aunque, evidentemente, el objetivo es lograr un intercambio cultural entre generaciones. Dichos proyectos, que han sido inspirados por el trabajo de algunos psicólogos y psiquiatras especializados en gerontología, proporcionan importantes beneficios a las personas mayores, pues les ayudan a mejorar su autoestima, potencian un mayor nivel de socialización y refuerzan sus habilidades comunicativas, a la vez que ejercitan la memoria en beneficio de los demás, lo cual resulta en extremo gratificante para ellos. Igualmente, esa línea de trabajo proporciona interesantes posibilidades para los educadores del museo, pues les permite profundizar en la investigación acerca de la interacción entre los objetos y los visitantes, ayudándoles en el análisis y la comprensión de los procesos de interpretación de los mismos que éstos llevan a cabo. Se trata, en definitiva, de un interesante ejercicio de introspección individual, interrelación personal y refuerzo de



la identidad cultural colectiva que beneficia tanto a la comunidad como al propio museo.

Hemos apuntado solamente, en el espacio de este artículo, algunas de las posibilidades —tal vez, las más novedosas a nuestro juicio— del trabajo educativo museístico dirigido a las personas mayores, aunque las diferentes y cambiantes realidades sociales y personales del colectivo exigirán en el futuro nuevas modalidades y estrategias educativas que deben ser aun exploradas e investigadas. En definitiva, pues, queda todavía mucho trabajo por hacer, aunque se está avanzando rápidamente en el tema y, sobre todo, los museos están tomando conciencia de las necesidades educativas, así como de las aportaciones que puede realizar este importante sector de la población.

**Dirección de la autora:** María Immaculada Pastor Homs.  
Departamento de Ciencias de la Educación. Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca. E-mail: vdcemph0@clust.uib.es.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 23.VI.2003.

## Notas

- [1] El autor utiliza la expresión «*ageist propaganda*», de difícil traducción al español, nosotros la hemos traducido por «anti-edad», también podría utilizarse «anti-vejez» o «anti-envejecimiento», para referirse a este hecho. Vendría a ser como el término «sexismo», pero aplicado al tema de la edad en lugar de al tema del género.
- [2] Para una información más detallada de los programas para mayores llevados a cabo por éstos y otros museos, tanto norteamericanos como británicos, véanse los trabajos de L. TEPPER (1982, 19-28; 1984), I. HEFFERNAN y S. SCHNEE (1981, 30), J. STRAND (1992), J. SUTHERLAND (1977, 21-24), J. SMART

(1993), B. G. KNIGHT (1989), A. B. KNOX (1981), S. MARWICK (1993), entre otros.

- [3] A ese respecto mencionaremos la creación en 1995 del *Museums Reminiscence Network* que proporciona asesoramiento e información para los museos que están implicados en esta línea de trabajo y promover la importancia de la misma tanto dentro del sector museístico como en el conjunto de la sociedad (S. MASTORIS y L. SHAW, 1995a,77-79).

## Bibliografía

- ACE (1974) *The Attitudes of the Retired and Elderly* (London, ACE).
- AGE CONCERN (1992b) *Older People in the United Kingdom* (London, Age Concern).
- AGE CONCERN (1992c) *Older Workers*, Fact Sheet, 31 (London, Age Concern).
- AGE CONCERN (1993) *Briefings - Education and Activity Guides, Reminiscence* (London, Age Concern).
- AGE CONCERN et al. (1992a) *Leisure Life. A Local Authority Code of Practice* (London, Age Concern).
- AMBROSE, T. (Ed.) (1987) *Education in Museums, Museum in Education* (Scottish Museums Council).
- ANDERSON, D. (1993) Cinderella gets to the Ball, *Museums Journal*, 93 : 5, pp. 31-33.
- ARANGUREN, J. L. (1991) *La vejez como autorrealización personal y social* (Ministerio de Asuntos sociales, Madrid).
- CLARK, S. y MARWICK, S. (1992) The People's Story - Moving on -, *Journal of Social History Curators Group*, 19, pp. 54-55.
- CLARKE, H. (1987-88) Reminiscence Work and Edinburgh City Museums, *Social History Curators Group Journal*, 15, pp. 25-26.
- COLEMAN, D. e ISO-AHOLA, S. (1993) Leisure and Health: The role of social support and self determination, *Journal of Leisure Research*, 25, pp. 111-128.
- COLOM, A. J. y ORTE, C. (2001) Gerontología educativa y social, en COLOM, A. J. y ORTE, C. (coords) *Gerontología educativa y social. Pedagogía Social y Personas mayores* (Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears) pp. 17-39.

## María Inmaculada PASTOR HOMS

- CROPLEY, A. J. (Ed.) (1980) *Towards a System of Lifelong Education. Some Practical Considerations* (Unesco Institute for Education, Hamburg and Pergamon Press).
- CHADWICK, A. F. (1980) *The Role of The Museum and Art Gallery in Community Education* (Department of Adult Education, University of Nottingham).
- CHADWICK, A. F. y STANNETT, A. (Eds) (1995) *Museums and the Education of Adults* (The National Institute of Adult Continuing Education, England and Wales).
- CHENEY, B. (1980) Re-creating Ontario in the Eighties: An Accounting of Trend and Protection Statistics on Culture and Recreation Participation in Ontario, 1972-1990 (Paper presented to the Canadian Association of Sociology and Anthropology, Saskatoon).
- CHENEY, T y KINGSLEY, B. (1980) The Changing Age-Education Make-up of the Canadian Adult Population and its Implications for Arts and Culture Activity, 1972-1990 (Paper presented to the Canadian Association of Sociology and Anthropology, Saskatoon).
- DODD, J. y SANDELL, R. (1998) *Building Bridges. Guidance for museums and galleries on developing new audiences* (London, Museums & Galleries Commission Publications).
- GEE, M. (1982) Cultural arrangements in museums, en DANISH ICOM-CECA (1982) *Museums and Education* (Copenhagen, Danish ICOM-CECA) pp 31-36.
- GINN, J. y ARBER S. (1993) Ageing and cultural stereotypes of older women, en JOHNSON, J. y SLATER, R. (Eds) *Ageing and later life* (London, Sage) pp 60-67.
- GOMEZ DIESE, C et al. ( 1988) «Conclusiones de la Mesa de Tercera Edad». VI Jornadas Nacionales de DEAC.
- GOULD, H. (2001) Learning for Life. DfES announces £150,000 for lifelong learning in museums and galleries, *GEM News*, 82, pp. 12-13.
- HEFFERNAN, I. y SCHNEE, S. (1981) Brooklyn: Building a new audience, *Museum News*, 59 :5, pp 31-32.
- HELP THE AGED (1992) *The Older Population, Information Sheet, 1* (London, Help The Aged).
- HILL, C. (1992) Merseyside Maritime Museum Information, en ICOM-CECA: *The Museum and the Needs of People*, Annual Conference (Jerusalem, ICOM Israel) pp. 130-132.
- HUNT, A. (1978) *The Elderly at Home* (Office of Population Censuses and Surveys, Social Surveys Division, HMSO).
- JONES, S. (Ed.) (1976) *The Liberation of the Elders* (Beth Foundation Publications and Department of Adult Education, University of Keele).
- KELLY, J. y FREYSINGER, V (2000) *21<sup>st</sup> century leisure. Current issues* (Boston, Allyn and Bacon).
- KIRRANE, S y HAYES, F. (1993) Do it yourself, *Museums Journal*, 93:2, pp.28-30.
- KNIGHT, B. G. (1989) *Outreach with the Elderly* (New York, New York City University Press).
- KNOX, A. B. (1981) Adult as learners, *Museum News*, 59 : 5, pp. 24-29.
- LONG, J. y WIMBUSH, E. (1985) *Continuity and Change: Leisure around Retirement* (Sports Council & ESRC).
- MAIZTEGUI (2001) Las personas mayores y nuevos roles sociales, en COLOM, A. J. y ORTE, C. (coords): *Gerontología educativa y social. Pedagogía Social y Personas mayores* (Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i intercanvi científic) pp. 41-55.
- MARWICK, S. (1993) Learning from each other - Museums and Older Members of the Community – The People's Story, en HOOPER-GREENHILL, E. (1995) *Museum, Media and Message* (London, Routledge) pp. 141-150.
- MASTORIS, S. y SHAW L. (1995a) Resources: Organizations. Reminiscence and Oral History. Museums Reminiscence Network Preliminary Directory, en *Museum Practice*, 57, pp.77-79.
- MASTORIS, S. y SHAW L. (1995b) Museums and Reminiscence Work, *Museum Practice*, 57, pp. 58-59.
- MASTORIS, S. y SHAW, L. (1995c) Blessed Memory, *Museums Journal*, august, pp. 30-31.
- MATHERS.K. (1996) *Museums, galleries and new audience* (London Arts Board).
- MERRIMAN, N. (1989) Museum visiting as a cultural Phenomenon, en VERGO P. (Ed.): *The New Museology* (London, Reaktion Books).
- MIDDLETON, V. T. C. (1990) *New visions for Independent Museums in the U.K.* (London, Association of Independent Museums).
- MIDWINTER, E. (1982) *Age is Opportunity: Education and older People* (London, Centre for Policy on Aging).
- MIDWINTER, E. (1992) *Leisure: New Opportunities in the*

## La oferta educativa museística destinada a las personas...

- Third Age*, The Carnegie Inquiry Research paper No 4. (London, Centre for Policy on Aging).
- MIDWINTER, E. (1995a) *Sharing the Wisdom of Age – Museums and Older People* (London, Age Concern).
- MIDWINTER, E. (1995b) Age and wisdom, *Museum Journal*, 9, september, p. 39.
- MILES, R. S. (1986) Museum audiences, *International Journal of Museum Management and Curatorship*, 5: 1, pp. 73-80.
- MOODY, H. R. (1976) Philosophical presuppositions of education for old age, *Educational Gerontology*, 1, pp. 1-16.
- MUCHINICK, E. (1984) *Hacia una nueva imagen de la vejez* (Buenos Aires, Belgrano).
- MURPHY, J. y FLORIO, C. (1989) *Never Too Old To Teach* (Academy for Educational Development, Washington, D.C.- U.S.; District of Columbia) ED301550 (ERIC).
- NIYAZI, F. (1996) *Volunteering by older people. A route to opportunity* (London, The National Centre For Volunteering).
- OSBORN, C. (1993) *The Reminiscence Handbook. Ideas for creative activities with older people* (London, Age Exchange).
- PASTOR HOMS, M.<sup>a</sup> I. (2001) El museo, una oferta educativa de calidad para el ocio de las personas mayores, en COLOM, A. J. Y ORTE, C. (Coords) (2001) *Gerontología educativa y social. Pedagogía Social y Personas mayores* (Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears) pp. 517-527.
- PASTOR HOMS, M. I. (1999) Ámbitos de intervención en educación no formal. Una propuesta taxonómica, en *Teoría de la educación*, 11, pp. 83-215.
- PINKER, R. (1971) *Social Theory and Social Policy* (London, Heinemann).
- POWELL, S. E. (1993) *Museums and Older People* (City University, London – Department of Arts Policy & Management. Thesis submitted as part of the requirements for the Award of the Masters in Museum and Gallery Management).
- REYNOLDS, J. (1997) Older adults and family learning, *Adults Learning*, 8: 7, pp. 182-183.
- RODRÍGUEZ DÍEGUEZ, P. (2000) Indicadores sociales, en SOCIEDAD E. DE GERIATRÍA Y GERONTOLOGÍA (Ed.) *Análisis de las necesidades y recursos en la atención a las personas mayores en España*. (Madrid, Editores Médicos, S.A.), pp. 55-84.
- ROGERS, P. (1995) 'Silver Linings': Using the Elderly as a Resource, *Primary History*, 10, pp. 14-15.
- SALVÀ TOMÀS, P. A. (2001) Hacia una sociedad de mayores: una aproximación al proceso de envejecimiento de la población, en COLOM, A. J. Y ORTE, C. (Coords) (2001) *Gerontología educativa y social. Pedagogía Social y Personas mayores* (Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears) pp. 153-172.
- SCHWEITZER, P. y SCHWEITZER, A. (1993) *Age Exchanges. Reminiscence Projects for Children and Older People* (London, Age Exchange).
- SHAW, L. (1994) A Reading list on the theory and practice of reminiscence, *Social History in Museums*, 21, p. 25.
- SMART, J. (1993) «Catering for the Third Age»-Letter, *Museums Journal*, 92: 6, p.53.
- STRAND, J Ed. (1992) *The Accessible Museum* (Washington D.C., American Association of Museums).
- SUTHERLAND, J. (1977) Museums and Older Americans, *Museum News*, 55 : 1-2, pp. 21-24.
- TEPPER, L. (1982) Museums and Senior Citizens: An example of special needs programming, *Gazette*, 15 : 2-3, pp 19-28.
- THE Age Of Aging (1982) en *The Futurist*, 16: 4, p. 71.
- THE Last Generation To Die? (1980) en *The Futurist*, 14: 6, 1980, p. 73.
- TINKER, A. (1992) *Elderly People in Modern Society* (London and New York, Longman).
- TITMUSS, R. (1968) *Commitment to Welfare* (London, Allen & Unwin).
- TITMUSS, R. (1970) *The Gift Relationship* (London, Allen & Unwin).
- TYLER, B. (1985-86) The Future for Museum Education Programs, *History and Social Science Teacher*, 21: 2, pp. 86-88, EJ332280 (ERIC).
- TYRELL, B. (1984) The Leisure Paradox, *Museums Journal*, 84: 7, pp. 208-209.
- USS CONGRESS (1980) *The Arts and The Older Americans*.

Sub-committee on Human Services of the Select Committee on Aging House of Representatives. 96<sup>th</sup> Congress – 2<sup>nd</sup> session (Washington, D. C., Government Printing Office).

last trends in this particular field of Museum Education.

**Key Words:** Older people, Museum, Museum Education, Current Trends.

**Resumen:**

**La oferta educativa museística destinada a las personas mayores.**

**Tendencias actuales**

En el artículo se realiza un análisis de las necesidades educativas de los mayores y del papel que, en ese aspecto, los museos pueden desarrollar respecto a este sector de la población. Aunque no nos limitamos a realizar una exposición de los programas y actividades que los museos pueden ofrecer a las personas mayores, sino, también, nos referimos a las aportaciones que pueden llevar a cabo los mayores en beneficio del museo. Asimismo, se revisan de forma exhaustiva las últimas tendencias en este campo particular de la Pedagogía museística.

**Descriptores:** Personas mayores, museo, pedagogía museística, tendencias actuales.

**Summary:**

**The Museum Educational Offer to Older People. Current Trends**

In the article we carry out an analysis of the older people's educational needs and of the task that museums can do in this aspect for this section of the population. Although we do not limit ourselves to describe the programmes and activities than museums can offer to older people, but also we describe the contributions than olders can do to the museums. We also check exhaustively the